

EN el espacio de este artículo no me propongo, evidentemente, realizar un análisis detallado de las prolijas y extensas "tesis" que la dirección del PCE ha sometido a la discusión de sus militantes. Me limito a comentar algunos aspectos, a mi parecer esenciales.

En primer lugar, observo una ausencia, un vacío: no hay una caracterización de las estructuras socioeconómicas que están en la base del actual proceso político; un análisis, en especial, de las clases y capas sociales, tanto dominantes como dominadas. Toda la temática se desliza en el plano de las superestructuras, lo cual facilita juicios y afirmaciones especulativas. Así, en la tesis 1, por ejemplo, se viene a decir que si no ha habido ruptura se debe a las otras fuerzas de la oposición, por no compartir las posiciones del PCE y de su Junta democrática. Pero estas posiciones, ¿correspondían al estado real —político, psicológico— de las clases sociales? Si la famosa "huelga nacional", luego rebautizada "acción nacional", no tuvo nunca ni asomo de realización, ¿se debió a no ser adoptada por los otros grupos políticos democráticos o a ser una consigna irreal? Basta con recordar su fórmula: un buen día, convocadas por los grupos clandestinos unidos, todas las clases sociales, salvo la "infima minoría" (se la suponía "infima") beneficiaria de la dictadura y sostén de la misma, se lanzarían a la calle y paralizarían el país. Obreros, campesinos, comerciantes, industriales, profesionales, burgueses "no monopolistas", y hasta grandes capitalistas "dinámicos", curas, obispos, jueces, militares y hasta policías, todos unidos, derribarían a la dictadura e instaurarían la democracia. No estoy caricaturizando, o muy poco: sintetizo documentos de la dirección del PCE sobre este punto, eje de su estrategia hasta el día antes de la muerte natural del dictador. Como es lógico, otros grupos políticos —salvo algunos personajes que se autoproclamaban representantes de la "burguesía no monopolista" o del "capitalismo dinámico", con gran contento e ilusión de los dirigentes del PCE— se negaban a dejarse llevar por esas fórmulas mágicas. Aunque las clases trabajadoras hubiesen estado dispuestas a una acción de tal envergadura —equivalente en la práctica, para ellas, a un levantamiento insurreccional—, lo último que podía ocurrírsele al "capitalismo dinámico" o la "burguesía no monopolista", a los militares y a los "grises", era colaborar en semejante empresa. ¿Cómo iban a contribuir las clases dominantes a liquidar la dictadura de una manera que implicaba, ni más ni menos, la irrupción del pueblo en el proscenio de la lucha política? Era inevitable que los grupos políticos de la izquierda, no dirigidos desde París por el aparato del PCE, en contacto más directo con el sentir de la gente corriente, rechazasen con escepticismo, cuando no con prevención, las geniales visiones parisinas del gran estratega.

Todo esto no quiere decir, ni mucho menos endosar al PCE la responsabilidad de que no haya habido ruptura revolucionaria. Se le puede reprochar, sí, no dar en sus tesis una explicación satisfactoria. Hacer responsables a los otros grupos políticos, cuando por otro lado se les consideraba insignificantes y se proclama-

LAS TESIS DEL PCE

FERNANDO CLAUDIN

ba al PCE única fuerza efectiva, organizada, combativa, etcétera, resulta poco serio y contradictorio. En realidad no puede haber ruptura revolucionaria si no hay crisis revolucionaria, descomposición profunda del sistema, desmoronamiento de sus instituciones, una situación —como decía Lenin— donde los de abajo ya no pueden vivir como antes y están dispuestos a los mayores sacrificios para cambiar, y los de arriba tampoco pueden seguir dominando como antes. En el largo proceso de agotamiento de la dictadura hasta la muerte de Franco, se daban algunos elementos parciales de ese esquema, pero no los principales, en particular el referente a los de "abajo". No estaba en manos del PCE reemplazar la ausencia de esos elementos, pero tampoco en las de otras fuerzas.

Los malabarismos de las tesis para evadir que el PCE siempre tuvo razón no terminan ahí. Después de endosar a los otros grupos políticos la responsabilidad de que no hubiese ruptura, el documento afirma que todo ha sucedido más o menos como el PC había previsto y preconizado, sólo que en "formas diferentes". Considerar cuestión de "formas" que la liquidación de la dictadura se haya producido bajo la hegemonía y dirección de las mismas clases dominantes, de su propia "clase política", dentro de la legalidad franquista, tutelada por su brazo militar, etcétera, revela una singular desventura en el manejo de los conceptos y de los hechos. Refiriéndose, por ejemplo, a la plataforma propuesta por el PCE para el "pacto por la libertad", las tesis afirman que el único punto no cumplido es el referente al "Gobierno provisional de amplia coalición". ¡Un pequeño detalle! Nada menos que el punto donde se resumía —junto con la "acción nacional", sin la cual era inconcebible— la cuestión de la ruptura.

No es casual que la versión apologética de la pasada política del partido, expuesta en las dos primeras tesis, haya sido uno de los temas más conflictivos en las reuniones y conferencias preparatorias del IX Congreso. Es demasiado visible el intento de pasar gato por liebre. Y todo para salvaguardar el mito de la infalibilidad del partido y de su dirección.

...

Otro grupo de tesis —de la 3 a la 5— está dedicado a la exposición global de la actual política del PCE, denominada "política de concentración democrática nacional". Se repite, más o menos, sin aportar argumentos más convincentes, lo que el partido viene diciendo desde la campaña electoral y, sobre todo, desde el 15 de junio. También falta, como en relación con la política pasada, un análisis de

las clases y grupos sociales en relación con sus expresiones políticas, para poder saber, por ejemplo, si los intereses representados por UCD hacen creíble que el partido de Suárez llegue a comprometerse en un "Gobierno de concentración democrática" para aplicar, junto con los partidos de izquierda, una política inspirada realmente en los intereses populares. Para saber, también, si actualmente existe una relación de fuerzas que haga posible tal política, o si para hacerla posible es preciso modificar dicha relación de fuerzas (y que esta modificación se refleje en las elecciones municipales, legislativas, etcétera) creando un bloque político-social alternativo hegemonizado por la izquierda (aunque pueda incluir fracciones socialdemócratas u otras del hoy llamado "centro"). En cuyo bloque, evidentemente, el PSOE tendría que ser la fuerza preponderante. ¿Está dispuesto a reconocerlo y admitirlo lealmente el PCE, o a reaccionar como el PCF? Las tesis no barajan tal posibilidad ni siquiera como hipótesis de trabajo. En ellas —como en la práctica corriente de estos meses— el interlocutor privilegiado del PCE es la UCD. Se sobrevaloran los pactos de la Moncloa (las tesis parecen redactadas antes del giro a la derecha reflejado en la reciente crisis gubernamental) y se afirma que la "solución única" a la situación actual es el Gobierno de concentración democrática nacional, cuya "posibilidad es cada vez más verosímil" no sólo en España, sino en otros países europeos. Esto, subraya el documento, inquieta mucho a los americanos y de ahí sus ataques al eurocomunismo. En realidad, lo preocupante para los americanos es que la izquierda, de una u otra manera, adquiera posiciones de dirección en algunos Gobiernos europeos con un programa de transformaciones profundas. Pero, ¿qué hay de común entre esa eventualidad y un "Gobierno de concentración democrática nacional" hegemonizado por la UCD, controlado por el Ejército, etcétera, como sería hoy —caso de materializarse— el supuesto machaconamente por el PCE?

También en este grupo de tesis el PCE aparece como el eje, el protagonista, el inventor de las soluciones clave en el proceso político desde las elecciones de junio. Cualquiera diría, al leerlas, que el PCE ha tenido escasamente el 7 por 100 de los votos fuera de Cataluña, y menos aún en zonas tan decisivas como el País Vasco. Bien es verdad que las tesis soslayan tan espionosa cuestión, limitándose a recordar el promedio nacional del 9,24 por 100 y calificándolo de "espaldarazo popular". En ella no hay el más mínimo análisis crítico del resultado electoral, como si estuviera en plena concordancia con la afirmación,

repetida durante decenas de años por el PCE, de ser el principal partido de la izquierda. Todavía el 19 de enero de 1977, **Mundo Obrero** declaraba en su editorial: "Somos —todo observador objetivo lo reconoce— el principal partido de la clase obrera y del pueblo trabajador". ¿Por qué no constatar que el "pueblo trabajador" no lo reconoció así el 15 de junio? ¿Se pueden elaborar proposiciones tácticas o

llado, dentro del mundo actual. Pero no es una tarea que pueda resolverse con la resolución de un Congreso, sobre todo si no ha sido precedida de una investigación y discusión satisfactoria. ¿Por qué esa prisa del IX Congreso, y en lugar de zanjar el problema con fórmulas y juicios discutibles no abre un debate a fondo en el partido que permita abordar la cuestión del "marxismo", del "leninismo" y del

la práctica revolucionaria; por asimilar con espíritu crítico los nuevos desarrollos del marxismo". Pero la manera de zanjar la cuestión del leninismo, el modo apologetico de tratar en las tesis la actuación pasada y presente del partido, no inducen a tomar muy en serio esos buenos propósitos.

En esta misma tesis 15 hay diversas cuestiones (diferenciación del PC respecto a la socialdemocracia, referencia a las "revoluciones socialistas" habidas, etcétera) que abordaremos, tal vez, en otra oportunidad. Para terminar, unas palabras sobre la cuestión de la democratización del PCE. La manera como se está preparando el Congreso significa, sin duda, un progreso en relación con métodos y costumbres anteriores, pero basta con oír las opiniones de muchos comunistas para comprobar que está en retraso respecto a las nuevas exigencias. Se percibe la contradicción entre, por un lado, ciertas normas y mecanismos formales democráticos en la manera de desarrollarse las reuniones, discusiones, elecciones y, por otro lado, los esfuerzos del aparato para controlar, sortear si es preciso, y en definitiva imponer las opciones de la dirección en las cuestiones que considera esenciales. Sabemos bien que este género de manipulaciones no es privativo de la flamante democracia del PCE, pero en su caso se agrava por el peso de los mecanismos y métodos antidemocráticos tradicionales. Resultan significativos, en este aspecto, algunos puntos de las tesis y del proyecto de estatutos. Por ejemplo, la ratificación del "principio del centralismo democrático" (tesis 15), con el argumento de que "facilitará el florecimiento de la democracia interna". Parece broma, pero así es. Si partimos del contenido que el famoso "principio" ha tenido en la práctica histórica de los partidos comunistas, tanto en la ilegalidad como en la legalidad, ¿cómo desconocer que ha sido la negación misma de la democracia interna? No por casualidad sigue siendo el "principio" del funcionamiento de los partidos comunistas más estalinianos, comenzando por el soviético. ¿No es sorprendente que se "abandonen" conceptos como los de "dictadura del proletariado" o "Internacionalismo proletario", aduciendo —con razón— que su contenido real, dado por la práctica histórica, es el contrario de su significación originaria, y en cambio se conserve el concepto de "centralismo democrático"? Sorprendente y tal vez revelador del espíritu con que desde las alturas se aborda la inevitable democratización. Lo mismo que el artículo 54 de los estatutos, reforzando aún más los poderes del secretario general, o el punto prohibiendo las tendencias "cristalizadas". ¿Por qué utilizar el término ambiguo de "cristalizadas" y no el de "organizadas"? En realidad, una auténtica democracia interna debe reconocer, sin más, la libertad de tendencias.

En todo caso, algo nuevo se ha puesto en marcha dentro del PCE. Todavía no se perciben claramente su contorno, su contenido, sus diferencias. La exigencia más general parece ser la del derecho a la iniciativa, a la discusión, a la crítica, a la autonomía de las organizaciones, a la renovación de las direcciones. Veremos hasta dónde llega, de momento, este viento contestatario. ■



"¿Cómo iban a contribuir las clases dominantes a liquidar la dictadura de una manera que implicaba, ni más ni menos, la irrupción del pueblo en el proscenio de la lucha política?"

estratégicas acertadas si se soslayan o falsean datos tan significativos? (Dicho sea de paso, el PSOE podría errar también sus planteamientos tácticos y estratégicos si no valorara en toda su relevancia los resultados obtenidos por Comisiones Obreras en las elecciones sindicales.)

• • •

No puedo detenerme aquí en la problemática de la "democracia política y social" como "etapa de transición entre el capitalismo y el socialismo" (en mi ensayo sobre el eurocomunismo hago referencia a algunos aspectos de la misma, puesto que las tesis se limitan a reafirmar lo dicho en el Manifiesto-programa de 1975) ni tampoco en las tesis siguientes relativas a las cuestiones sindical, femenina, juvenil, agraria, etcétera. Haré sólo algunas consideraciones sobre la última tesis, la 15, dedicada al partido, una de las más discutidas en las reuniones preparatorias del IX Congreso.

A mi juicio, es evidente la necesidad, para los partidos que se proponen actualmente la transformación socialista de la sociedad —sean socialistas o comunistas—, una decantación crítica de su herencia teórica y una reelaboración teórica de los problemas de dicha transformación en las condiciones del capitalismo desarro-

"estalinismo" de modo concreto, en conexión con la historia y con la práctica actual del partido?

El calificativo "marxista-leninista" es, desde luego, un típico producto ideológico estaliniano, cuyo contenido histórico es extraño al marxismo de Marx y al leninismo de Lenin (para diferenciarlos de los otros "marxismos" y "leninismos"). Prescindir de ella parece plenamente justificado y urgente. Pero otra cosa es su sustitución. Y sobre todo que la sustitución no represente un simple cambio de etiqueta, sino un cambio real en el partido. Al parecer, la actual "rebelión leninista" dentro del PCE va, al menos en parte, en esa dirección. Algunos opinan que podría adoptarse con carácter provisional la definición teórica del partido como revolucionario de inspiración marxista (más riguroso, a mi parecer, que lo de marxista revolucionario) y dejar la formulación definitiva para un nuevo Congreso.

A estas alturas las declaraciones de intención tienen escaso valor. En la tesis 15 podemos registrar estos excelentes propósitos: "El PCE se esfuerza por elevar en todo momento su capacidad para asumir los cambios objetivos que se producen en la sociedad, las nuevas conquistas científicas, las experiencias de